

ral, el motivo del miedo. Niega así la noción grosera de que los autores y lectores de cuentos de miedo son excéntricos evasivos, poco menos que psicópatas, que buscan en el horror literario una huida o una alternativa para el horror de la vida cotidiana, y hace más bien de los primeros testigos de una época, mientras que eleva a los segundos a la categoría de lectores «normales», dotados de sensibilidad, agudeza de juicio e, incluso, de una poco común capacidad de distanciamiento frente a sus propios temores.

Esta enciclopedia del miedo adolece de dos defectos, que se pueden considerar como graves. En primer lugar está su limitación en el tiempo. Llopis comienza su historia en el Romanticismo, suponiendo que «fue entonces cuando el hombre se vacunó al fin contra el terror», y que los elementos terroríficos que encontramos en la literatura anterior no tenían esa imprescindible condición de lejanía frente al lector, sino que formaban parte de su experiencia inmediata. A mi entender, eso no es del todo cierto; lo que ocurre es que durante el Romanticismo se introduce un nuevo sujeto en los cuentos de miedo: el fantasma, el muerto, a quien hasta entonces se temía demasiado como para jugar con él. Pero, por dar un ejemplo cercano, el cuento de miedo ya existía en nuestro Siglo de Oro, con otros personajes. Los brujos y encantadores, los terribles moriscos de los cuentos de doña María de Zayas, producían ese efecto; no eran ya parte del mundo cotidiano, pero aún producían un cierto miedo. Lo mismo ocurre con las «comedias de magia» de nuestro teatro clásico, e incluso, con algunas obras de Shakespeare. El segundo defecto es una cierta limitación en el espacio. Llopis conoce exhaustivamente la literatura fantástico-terrorífica anglosajona, y de ella nos habla. Sin em-

bargo, desdén casi por completo el inmenso campo del **fantástico francés**, que ha venido produciendo maravillas desde Cozotte hasta Michel Demuth. Quizá este desdén sea dictado por una postura anticulturalista, que le haga preferir los autores anglo-americanos —casi siempre trabajadores a destajo, obreros de la letra impresa— a los cultos y refinados franceses —los contemporáneos, sobre todo—, que no se refieren a lo **fantástico** como a un elemento vital, o mortal, sino cultural, y que han llegado a él a través del simbolismo, del romanticismo, del surrealismo... Es innegable, sin embargo, el aprecio que por lo fantástico siente el lector medio francés; la prueba de ello está en que en Francia se editan dos de las mejores revistas populares de fantasía y ciencia-ficción del mundo —**Fiction y Galaxie**—, y que la lengua francesa tiene autores tan destacados e importantes en el campo de lo fantástico como puedan ser Jean Ray, Claude Seignolle, René Barjavel o Gérard Klein.

La **Historia Natural de los Cuentos de Miedo** es una recopilación de artículos que han ido apareciendo, a lo largo de seis años, en el Boletín de los Laboratorios Ibyes. Esto le da un carácter disperso y no-unitario fácil de advertir, que añade encanto al libro; a través de los diversos capítulos se va observando la evolución del pensamiento, de los gustos y, aun casi, del carácter de su autor. Cada capítulo, en sí, tiene sus valores. Citaré, entre los que prefiero, los dos capítulos dedicados a H. P. Lovecraft, sobre quien Llopis lo sabe todo (3), y

(3) Merece la pena leer los prólogos a **Viajes al Más Allá** (Cielo Onírico de Randolph Carter), de H. P. Lovecraft, y a los **Mitos de Cthulhu**, de varios autores, publicados ambos por Alianza Editorial. En ellos, y en especial en el que precede a los **Mitos...**, muestra Llopis su profundo conocimiento y comprensión del universo lovecraftiano.

la parte final, dedicada a la ciencia-ficción, al **comic**, al cine y a la música de terror, que provee de información muy valiosa a todo aquel que esté interesado en la materia, ya sea como estudioso o como simple lector. ■ **ALFREDO IBARS.**

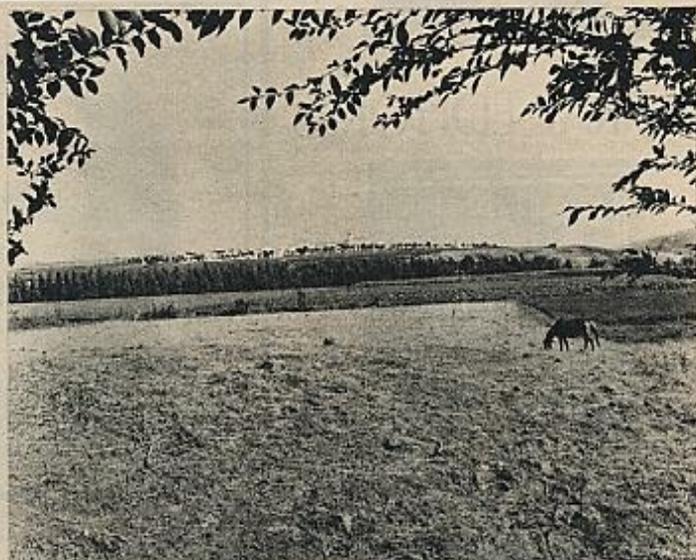
La «geografía voluntaria» de la Campiña cordobesa

Antonio López Ontiveros ha publicado en Ariel una obra importante: **La Campiña de Córdoba** (1). El libro fue en principio la tesis doctoral del autor, y como tal, mereció el Premio Saavedra Fajardo del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Aunque López Ontiveros se propone taxativamente no salirse de los límites de la Campiña, su trabajo los reborda por la vía de la ejemplaridad, por cuanto no pocos de los casos estudiados y de los problemas planteados a la Campiña cordobesa son extensibles a casi toda la región en cuyo corazón geográfico se ubica.

En cinco partes se divide el trabajo; 1: El estudio geográfico de la comarca. 2: Análisis de la población y de su evolución desde la Conquista hasta hoy. 3: Situación agropecuaria. 4: Estructura agraria. 5: Paisaje agrario. Un centenar y medio de cuadros y gráficos completan el extenso trabajo (más de seiscientas páginas), indispensable para cualquier estudio posterior de la zona.

La Campiña, atravesada por el Guadalquivir y situada entre la Sierra Morena y las Sierras Sub-béticas, parecía destinada por sus

(1) Antonio López Ontiveros, **Emigración, propiedad y paisaje agrario en la Campiña de Córdoba**. Editorial Ariel. Colección Elcano. Barcelona, 1974. El autor es profesor del Departamento de Geografía de la Universidad de Murcia, que, junto a la de Valencia, ha posibilitado la edición del libro.



características pluviales y edafológicas a «la agrarización a ultranza». Pero el hecho de que este presumible destino se haya cumplido no debe llevarnos a una aplicación a lo Ratzel de criterios casi deterministas. Si es cierto que el suelo sirve de soporte a los hombres y los atrae a su servidumbre, también lo es que el hombre puede modificar esta servidumbre. Hay una como «geografía voluntaria», señala el autor, y por eso «el hombre es el gran responsable de lo que hay o falta en la Campiña de Córdoba por haber manipulado adecuada o inadecuadamente lo que le ha ofrecido la Naturaleza...».

¿Es el medio geográfico responsable, por ejemplo, de la emigración masiva? Hasta comienzos de los sesenta, Córdoba —la capital provincial y campileña— era centro de atracción. A pesar de ello, en la década de los cincuenta, el saldo migratorio global de la Campiña se aproximó, por vía negativa, a las treinta mil personas. De 1961 a 1970, la capital dejó de absorber y comenzó a expulsar: El saldo siguió bajando hasta las setenta y cinco mil... ¿Es ese paisaje «suave, claro, plácido, confortador» de Azorín, que saluda la somnolienta madrugada de los viajeros del expreso, responsable

del analfabetismo? Vamos con los datos. Según el Censo de Población de 1960, en la Campiña, y para municipios con población superior a los diez mil habitantes, iríamos desde un porcentaje mínimo en la capital del 14,5, a un máximo en Montoro del 32,4 por 100. Si ya el que respecto a los demás resulta mínimo es en verdad preocupante, del máximo da vergüenza hablar (2).

No quiere esto decir que el estudio pretenda ser un acta de acusación y López Ontiveros se convierta en una especie de Fouquier-Tinville de los desposeídos. El autor confiesa de manera paladina que ha

(2) Por desgracia, el máximo es mucho más representativo de la realidad. He aquí, de menor a mayor, los porcentajes de analfabetismo en los municipios campileños mayores de diez mil habitantes: Córdoba: 14,5; Puente Genil: 17,9; Palma del Río: 20,6; Bujalance: 24,5; Castro del Río: 24,5; Fernán Núñez: 25,9; Baena: 26,2; La Carlota: 26,3; Montilla: 26,3; Aguilar: 28,3; y Montoro: 32,4 por 100. El porcentaje medio correspondiente a la provincia por entonces —1960— era del 21,5. Señalemos que la creciente y acelerada disminución del analfabetismo habrá dejado obsoletos estos porcentajes, últimos de que el autor disponía cuando hizo su estudio, pero, sin embargo, no les quita nada de su valor indicativo de la comarca y de su valor comparativo respecto a otras regiones.

huido de «intuiciones pasionales y preconcebidas», buscando «números y cifras», «datos y hechos constatables». Pero es en ellos donde está la acusación. En el autor sólo hemos de sospechar —y agradecer— la noble pasión por un tema y una tierra, que le ha llevado a la construcción de este estudio, que, por su puesto, va más allá de la demografía y el paisaje agrario.

Acaso la parte última, dedicada a ese paisaje, sea la de mayor interés, por menos conocida y porque su carácter permite una exposición que sin acercarse, desde luego, a lo que López Ontiveros llama (y llama bien) «abuso literario-filosófico-folklórico», se aleja de las necesarias, aunque a veces áridas, sucesiones de cuadros estadísticos. Esta parte (que por su extensión y unidad permitiría una edición separada de tipo más asequible) abarca el análisis de los cortijos, los ruedos, las hazas, las poblaciones carolinas y las huertas. A los cortijos van dedicados la mayoría de las cuarenta fotografías que ilustran el libro, y que lo hacen también una excelente antología gráfica de esta clase de vivienda rural, dentro de un tipo de explotación de los más bombardeados por el tópico. ■ **VICTOR MARQUEZ REVIRIEGO.**